

En los confines de la guerra: el caso Georg F. Nicolai*

Por Gabriel Muro**

RESUMEN: Toda guerra, se supone, tiene un fin. Pero, ¿puede haber un fin de la guerra en general como finalización de todas las guerras? Para arribar al fin definitivo de la guerra, ¿es necesario hacerle la guerra a la guerra? Todas estas preguntas inquietaron al médico alemán Georg Friedrich Nicolai, hoy relegado injustamente al olvido. A comienzos de la Primera Guerra Mundial, Nicolai se opuso a las acciones de Alemania y escribió un libro extraordinario titulado *La biología de la guerra*, donde desarrolló una suerte de pacifismo biologicista según el cual la guerra, en las sociedades modernas, se habría vuelto un resabio atávico que obstaculiza la evolución humana. Después de 1918, *La biología de la guerra* despertó enorme entusiasmo en los círculos pacifistas europeos. Pero Nicolai, hostigado por la extrema derecha alemana e invitado por el movimiento universitario reformista, decidió emigrar a Córdoba. Como si la discordia hubiese seguido a este pacifista adondequiera que fuese, en Córdoba volvería a ser objeto de hostigamientos y persecuciones, lo que lo llevará a desplazarse primero a Rosario y después a Santiago de Chile, donde pasó los últimos treinta años de su vida.

En este ensayo recapitulamos el pensamiento de Nicolai sobre la guerra, con especial énfasis en su teoría de lo que llamó “gigantanasia”: la tendencia de la guerra moderna a morir por exceso de crecimiento. También seguiremos las huellas de su paso por Argentina explorando cómo, y en qué medida, el “gran europeo” (tal el título honorífico que le puso Romain Rolland) influyó y se vio influenciado por las *batallas culturales* latinoamericanas.

Palabras clave: Georg Nicolai; biología de la guerra; reforma universitaria.

* Una versión resumida de este ensayo fue leída en las jornadas *Gobierno, guerra y ciencias sociales: una mirada desde Latinoamérica*, organizadas por el CITRA y realizadas en Buenos Aires el marco del Congreso Mundial Foucault 40 años después.

** Sociólogo y co-editor de Espectros, Revista Cultural.

Toda guerra, se supone, tiene un fin. Por un lado, una finalidad u objetivo final a conseguir, lo cual vuelve a la guerra, según la célebre definición de Clausewitz, un medio a disposición de la política. Por otro lado, toda guerra tiene un fin en el sentido de una finalización debida a la victoria o rendición de uno de los contendientes, poniendo término al estado de guerra, aunque algunas guerras parecen no concluir nunca del todo, tornándose guerras interminables o infinitas. Preciso es recordar también que, en diferentes momentos históricos, han aparecido cultores de la guerra que le han adjudicado una *finalidad* decisiva en la vida de las sociedades. No sólo como actividad de la que se vale la civilización para triunfar sobre la barbarie, sino como método para vigorizar y ennoblecer una vida que correría el riesgo de debilitarse si se abandonase a un estado de paz excesivamente prolongado.

Estas *finalidades* de la guerra hacen aún más difícil pensar la pregunta ya no por los fines de las guerras particulares, sino por el sueño pacifista del fin de la guerra en general. Sueño que nunca ha dejado de suscitar un incómodo problema: ¿es posible hacerle la guerra a la guerra? ¿Sólo combatiendo la guerra sería posible obtener su rendición definitiva? ¿Es imperioso prepararse para una *batalla final* contra la guerra, luego de la cual advendrá la paz definitiva? ¿O acaso, para poner fin a todas las guerras, sería necesario renunciar a hacer la guerra, optando por una profilaxis que impida su resurgimiento? En cuanto a la *resistencia pacífica*, ¿está bien *pertrechada* a la hora de hacer frente a su colosal enemigo?

Todas estas preguntas inquietaron a Georg Friedrich Nicolai, un científico pacifista que levantó la voz contra la guerra, y también ensayó una singular hipótesis sobre su final. Hoy relegado injustamente al olvido, nació en Berlín en 1874 y murió exiliado en Chile, a los noventa años. Fue hijo mixto de un padre judío y de una madre cristiana. Su apellido paterno era Lewinstein, pero para sortear el antisemitismo alemán y abrirse paso en el mundo profesional cambió su apellido por Nicolai en honor a un tío bisabuelo notable, el compositor Otto Nicolai. Antes de la Primera Guerra Mundial, Georg Nicolai gozaba de una cómoda posición como profesor de Fisiología en la Universidad de Berlín y como médico en el hospital berlinés La Charité. También fue asesor médico de la emperatriz consorte Augusta Victoria, alumno visitante en el laboratorio de Pavlov en San Petersburgo, así como pionero de la electrocardiografía, cuya importancia para el diagnóstico de enfermedades cardíacas apenas comenzaba a ser comprendida.

Pero en 1914, Nicolai estalló de indignación ante el *Manifiesto de los 93*, una proclama firmada por 93 científicos, juristas, eruditos y artistas alemanes prominentes, que declaraban su apoyo a la invasión alemana de Bélgica afirmando que el militarismo era intrínseco a la cultura del *Reich*, ya que de otro modo el imperio sería aplastada por sus múltiples enemigos. El panfleto finalizaba con las siguientes palabras:

“A quienes nos conocen y han sido, como nosotros, guardianes de los bienes más preciados de la humanidad, les decimos: ¡créannos! Sepan que llegaremos hasta el final de esta lucha como nación civilizada (Kulturvolk), como pueblo para el que el legado de Goethe, Beethoven y Kant es tan sagrado como su tierra y su hogar”.

Si bien en 1914 la guerra aún no se consideraba un mal absoluto y todos los gobiernos la consideraban un medio legítimo para lograr objetivos nacionales, Nicolai percibió en este manifiesto la cristalización de una tendencia que en Alemania venía incubándose desde hacía mucho tiempo, consistente en convertir al militarismo en una forma de vida deseable en sí misma. Por eso, como avistando que en 1914 se iniciaría la guerra más sangrienta de la historia, Nicolai publicó un contramanifiesto titulado *Llamamiento a los europeos*. Allí, mientras la nación se intoxicaba con el furor belicista, vaticinaba que la guerra conduciría a la destrucción de la cultura europea en el mismo momento en que los avances de las tecnologías comunicacionales hacían que la unidad de la civilización se volviese una necesidad.

Invirtiendo la invocación de aquellos grandes nombres de la cultura alemana, Nicolai, en esta *guerra de manifiestos*, afirmaba que Alemania estaría mejor representada por el Goethe europeísta, por el Beethoven de la Oda a la alegría y por el Kant del Tratado sobre la paz perpetua. A pesar de las primeras victorias alemanas, el médico pacifista pronosticaba que la Triple Entente contaba con mayores recursos para, a la larga, derrotar a la Triple Alianza. Nicolai también bregaba por la unión del continente como si se tratase de un organismo viviente, brindando un apoyo anticipado y organicista a la formación de la comunidad europea. El contramanifiesto herético de Nicolai, donde denunciaba la complicidad de los intelectuales alemanes con la gran matanza, solo consiguió las firmas del astrónomo Wilhelm Foerster y de Albert Einstein, que en no pocas ocasiones posteriores se pronunció a favor del pacifismo y del desarme mundial, a la vez que, en un nudo trágico no poco relacionado con la pregunta acerca de si es lícito hacerle la guerra a la guerra, se vio compelido a involucrarse en el desarrollo de la bomba atómica.

Poco después de publicado el *Llamamiento a los europeos*, el ejército alemán, con el fin de aislarlo de la vida pública, trasladó a Nicolai desde Berlín a un hospital de enfermedades contagiosas situado en el interior profundo de Prusia. Desde ese *confinamiento* volvió a provocar la ira de la *Kultur* alemana con *La biología de la guerra*, libro *explosivo* redactado en 1915 y contrabandeado a Suiza en 1917, donde fue publicado con grandes dificultades. En este libro, escrito bajo la presión de la guerra, intentó proporcionar pruebas científicas de que la beligerancia, en la era moderna, es un remanente atávico de la evolución humana, y debería dejarse atrás por obsoleta e inútil. Con este texto, acaso el documento pacifista más impetuoso escrito durante la Primera Guerra Mundial, Nicolai, acusado de renegado, quedó bajo la estricta vigilancia de sus superiores militares hasta que, en 1918, pocos meses antes del fin de la guerra, logró escapar a la neutral Dinamarca embarcado en un espectacular vuelo nocturno piloteado por desertores espartaquistas.

En la posguerra, las masas movilizadas se desintegraron, reinsertándose, con grandes dificultades, a una vida civil trastornada por las secuelas de la contienda. Por entonces, y durante un breve lapso, Nicolai experimentó una cierta reivindicación. Volvió a la universidad, se dedicó a dar conferencias sobre pacifismo, fundó la *Friedensbund der Kriegsteilnehmer* (asociación de excombatientes por la paz) junto a paladines del pacifismo como el escritor Carl von Ossietzky y el matemático Emil Julius Gumbel, y escribió el guion de un film educativo sobre la nueva física de Einstein, titulado *Los fundamentos de la teoría de la relatividad*, que fue la película educativa más larga realizada hasta el momento.¹ Incluso recibió el homenaje del escritor pacifista Romain Rolland, que en 1917 escribió un ensayo sobre Nicolai al que tituló *El gran europeo*.



Georg F. Nicolai

Pero muy pronto, a medida que los efectos del “*Diktat*” de Versalles se hacían sentir y la paz gestaba en sus entrañas la simiente de la próxima guerra, Nicolai, cercano tanto a los espartaquistas como a los socialistas pero sin una afiliación partidaria definida, comenzaría a ser hostigado por la extrema derecha alemana, que lo veía como el símbolo viviente de aquella leyenda según la cual Alemania había perdido la contienda por obra de una “puñalada por la espalda” perpetrada por los

¹ Ver al respecto: Milena Wazeck, *The 1922 Einstein Film: Cinematic Innovation and Public Controversy*, *Physics in Perspective*, Vol. 12, págs. 163–179, (2010).

traidores del frente interno. Como se sabe, esta leyenda paranoica contribuirá no poco a la crisis de la República de Weimar y al asenso de Hitler al poder.

En 1921, haciéndose eco de organizaciones estudiantiles reaccionarias que protestaban contra la rehabilitación de un desertor, la Universidad de Berlín revocó el permiso de Nicolai para dar clases, vengando así la injuria a la élite académica firmante del *Manifiesto de los 93*. Vuelto nuevamente un paria en Alemania, víctima de constantes campañas de acoso en un país donde la violencia política se volvía moneda corriente, Nicolai decide refugiarse en Argentina. Pero antes de rastrear su agitado paso por estas pampas es preciso sumergirse en su asombrosa biología de la guerra.

* * *

Contrariamente a lo que cabría esperar, La biología de la guerra era una justificación biológica de la paz, no una justificación biológica de las conflagraciones armadas como las que proliferaron durante la Primera Guerra Mundial, cuando muchos científicos eugenistas mostraron gran ansiedad acerca de la salud de las poblaciones movilizadas, absolviendo las pérdidas demográficas en nombre del proteccionismo racial y la purificación de las razas.² No se trata tampoco de un tratado aséptico, sino de un libro apasionado, en sí mismo polémico o batallador, e imposible de resumir. Principalmente por el volumen y la variedad de sus observaciones, abarcando los campos de las ciencias naturales, la historia militar, la antropología, la filosofía y la literatura, constituyendo la primera investigación integral sobre los aspectos biológicos de la guerra moderna.

En tanto médico, Nicolai protestaba contra las concepciones darwinistas que preconizaban la guerra como un fenómeno vigorizante capaz de hacer prevalecer a los más fuertes contra los más débiles, promoviendo el espíritu de sacrificio y perfeccionando la higiene racial. Enfrentado se diría que *agonalmente* a este vitalismo guerrero, Nicolai, en lo que constituye su mayor argumento contra el belicismo, argüía que la guerra ha perdido su razón biológica de ser. La guerra se habría vuelto un vestigio atávico perjudicial para la vida, que sin embargo la época moderna ha hecho crecer de manera tan regresiva como patológica, en un gigantismo autodestructivo. Primero por obra de la invención de las armas de fuego y después por la implantación del servicio militar obligatorio, la guerra moderna se volvió más multitudinaria, más cruel y menos caballeresca que los tipos de guerra que la antecedieron. Recurriendo también a argumentos biologicistas y eugenésicos, Nicolai afirmaba que la guerra de masas -o lo que el general Ludendorff llamaría *guerra total*- tiene efectos principalmente disgénicos sobre la vida biológica de las poblaciones, ensañándose con los hombres más sanos y más jóvenes mientras libera del deber militar a criminales, locos, cobardes e incapaces, provocando una selección negativa y derrochando valiosas energías que podrían ser mucho mejor utilizadas para edificar la paz.

² Marius Turda, *The Biology of War: Eugenics in Hungary, 1914-1918*, Austrian Hist Yearb, 2009, 40; 238-64.

Si bien Nicolai no fue el único científico de su época que alertó sobre las consecuencias contraselectivas de la guerra moderna, lo que distingue a su biología de la guerra de otras diatribas antibélicas provenientes de la psicopatología de las masas es que se trataba, al mismo tiempo, de una actualización de la *Religion de l'Humanité* propuesta por Auguste Comte. Como señala el mayor biógrafo del fisiólogo alemán -el también médico Wolf Zuelzer-, si bien no explicitaba su deuda con el padre del positivismo, Nicolai hacía de la hermandad de la humanidad el único sustituto moderno posible de la religión revelada.³ El médico-filósofo tomaba la palabra *religión* al pie de la letra: como lazo o ligazón que liga a todos los habitantes de la Tierra en una gran unidad bio-espiritual, al punto tal de dedicar grandes páginas a actualizar la idea de la raza humana como un conjunto orgánico, unitario e indivisible que reúne tanto a las generaciones vivas como a las generaciones pasadas.

Pero a diferencia de Comte, que no había llegado a vivir para leer *El origen de las especies*, Nicolai ponía el énfasis en la base biológica de la humanidad, postulando que incluso las culturas serían organismos. Su reduccionismo biológico, que buscaba refutar al nacionalismo biologicista en sus propios términos, era compensado apelando a un cierto espiritualismo organicista, haciendo de la moralidad y de la inteligencia el camino para arribar al objetivo de una raza humana que -realizando el *panpsiquismo* postulado por los místicos antiguos- debe reconocerse como una sola alma y un solo cuerpo, el cual residiría en el *plasma germinal* teorizado por August Weismann, espacio sustancial en el que podía atisbarse lo que desde mediados del siglo XX será conocido como ADN. Solo mediante esta toma de conciencia el hombre podrá tomar el futuro en sus manos, anticipar su evolución y arribar al superhombre, al que Nicolai imagina como un ser pacífico que ha roto la espada y depuesto las armas.

La inspiración positivista de La biología de la guerra también se expresa en el modo en que Nicolai siembra el libro con toda clase de cuadros, gráficos, tablas, diagramas y dibujos confeccionados por él mismo. Menciona tasas de natalidad, cifras de producción industrial y datos relativos al costo fiscal de la guerra. El recurso a las estadísticas tenía la intención de mostrar que, en la guerra moderna, el valor y el coraje individuales pesan mucho menos que el talento industrial para la organización, sea de tropas, armas, municiones, suministro de alimentos o sistemas de transporte. Talentos que los alemanes sin duda poseían, pero los echaban a perder al aplicarlos con fines bélicos.

Adelantándose a los teóricos de la guerra psicológica de mediados del siglo XX, Nicolai observaba que el futuro de la guerra, tanto como el de la paz, dependían cada vez menos de la fuerza y la agilidad corporales y cada vez más del cerebro como medio para controlar el entorno y crear herramientas con las que amplificar los poderes del cuerpo. Si el cerebro humano es el producto más perfeccionado de la evolución, permitiendo al hombre someter al reino animal por obra de su inteligencia superior, la guerra, justificada solo en épocas pasadas cuando los recursos

³ Wolf Zuelzer, *The Nicolai Case, a Biography*, pág. 44, Wayne State University Press, Detroit, 1982.

energéticos eran escasos y el conocimiento de la naturaleza insuficiente, se habría vuelto injustificada en la era de la ciencia aplicada. Horrorizado por el uso de gases venenosos y por la perspectiva de una guerra bacteriológica, Nicolai entrevió que, en los años siguientes, los poderes organizativos del cerebro podrían llegar a ser utilizados para que las guerras se hagan efectivamente biológicas, fabricando armas vivientes como virus y bacterias de laboratorio, o bien, para que las guerras se hagan en nombre de lo biológico, como mecanismo de protección poblacional frente a formas de vidas consideradas insanas o infecciosas. Pero las objeciones a la guerra formuladas por el médico alemán no estaban dirigidas tanto a la pérdida de vidas humanas, sino a su atraso, a su carácter residual y a sus efectos embrutecedores sobre la psicología social.

Dado que Nicolai estaba preocupado en pronosticar el fin de la guerra para arribar a la paz definitiva, dado que su *polemología* o teoría de la guerra era una *irenología* o teoría de la paz, no podía dejar de ofrecer una hipótesis acerca del origen de la guerra, que en su óptica se encontraría en los instintos agresivos del ser humano. En tanto médico, Nicolai quería *desnudar la guerra*, quitarle sus ropajes, dejar expuestos sus rasgos biológicos y auscultar sus signos. No obstante, puesto que su argumento basculaba entre el determinismo biológico y la libertad moral, la guerra analizada por Nicolai no sería, solamente, la de la *nuda vida* y la *nuda muerte*. Así como muchos autores de la época consideraban que la guerra despertaba la “bestia interior” que el hombre civilizado llevaba reprimida dentro suyo, Nicolai creía que lo más fuerte en la bestia humana serían sus *instintos altruistas*, término este, el de *altruismo*, que, de hecho, fue acuñado por Comte. A estos instintos sociales Nicolai también llega a nombrarlos *instintos cosmopolitas* e *instintos humanitarios*, anticipándose a lo que, más recientemente, la sociobiología ha llamado *altruismo biológico*, es decir, aquellas situaciones etológicas donde los animales se comportan de modos que benefician a otros miembros de su población mientras se perjudican a sí mismos.

Como Piotr Kropotkin, Nicolai sostenía que los instintos agresivos pueden y deben subordinarse al instinto de cooperación, ya que los instintos no existen en el vacío, sino ajustados a un ambiente determinado. Los animales desarrollan instintos que se acoplan al ambiente en el que viven, volviéndose automatismos vitales. Pero cuando el ambiente cambia, los animales deben proveerse de nuevos órganos e instintos, de otro modo perecen en la lucha por la vida. En cambio, el ser humano es un ser elástico y comunicativo que, asociándose con sus congéneres, escapa a la especialización biológica, pues en su cerebro posee un órgano universal que le permite modificar su entorno, crearse órganos artificiales y cambiar deliberadamente su comportamiento. Lo cual, en una sorprendente vuelta de tuerca evolutiva, lo acercaría más a las bacterias que a los animales superiores, ya que, como los microorganismos, el humano puede cambiar de domicilio con mayor facilidad. Así, el instinto de guerra, que en un tiempo fue precioso, luego, a medida que el humano amplió sus posibilidades evolutivas, pudo volverse tan obsoleto y perjudicial como el apéndice, un órgano rudimentario que antes era útil pero ahora sólo es fuente de enfermedades.⁴

⁴ Georg F. Nicolai, *La biología de la guerra*, pág. 46, Editorial José M. Cajica, Buenos Aires, 1958.

Más que lobo del hombre -metáfora zoológica que Nicolai recusa al apuntar que los lobos se tratan dulcemente entre sí-, el hombre sería el *zoon politikón* de Aristóteles, en el sentido de animal social. Contra la antropología liberal, Nicolai afirmaba que el instinto de asociación es más fuerte que el instinto egoísta y la sociedad es más originaria que el individuo, razón por la cual no hay que explicar cómo el animal homicida se convirtió en un amante de la paz, sino, al contrario, cómo es que un animal social se volvió guerrero.⁵ Este instinto social sería una de las fuentes de todo amor a la patria y del rol positivo que a lo largo de la Historia ha jugado el patriotismo, volviéndose vehículo de asociaciones humanas cada vez más amplias, de la aldea a la ciudad y de la ciudad a los grandes Estados, allanando, aún sin saberlo, el camino hacia la *cosmópolis*.

La otra fuente del amor a la patria sería, para un Nicolai menos positivista y más culturalista, el amor a la lengua materna y todos los dulces recuerdos de la infancia relacionados con pronunciar las primeras palabras. Las fronteras nacionales también son fronteras lingüísticas y los que hablan un mismo idioma tienden a experimentar una solidaridad que no sienten hacia aquellos que hablan un idioma extranjero. La comunidad nacional es una comunidad idiomática y el idioma es una “*pantoteca*”: el lugar donde se guardan todos los tesoros de una cultura, sea el arte, la religión o la ciencia. De estas observaciones lingüísticas se deriva que la superación del nacionalismo también deberá implicar, necesariamente, la adopción de un futuro idioma internacional. El amor a la patria no es en sí mismo repudiado por Nicolai, siempre y cuando no se lo considere un amor azaroso como el de los animales, que se apegan, por el mero hecho de nacer allí, a un nido, a un hábitat, a un nicho ecológico. El amor humano a la patria debe nacer tras un examen juicioso que concilie lo estrecho y particular del propio país con lo amplio y general de la cultura universal. Como se ve, Nicolai oscilaba entre una explicación biologicista y una explicación libre, moral o autodeterminada del patriotismo, naturalizándolo y desnaturalizándolo al mismo tiempo.

Pero así como hay un patriotismo legítimo, habría un patriotismo ilegítimo y falso, aquel que separa a un pueblo del otro, crea la justificación del asesinato en masa y aleja del amor a la humanidad. Por eso, si el patriotismo todavía quería llevar adelante a la raza humana, tenía que orientarse hacia una patria más grande, que en la posguerra debía ser toda Europa, y el día de pasado mañana la Tierra entera como patria de todos los seres humanos. Tarea que Nicolai sin embargo encontraba llena de dificultades, puesto que, en 1914, el proletariado europeo se había mostrado más apegado a la patria que a la internacional de los trabajadores:

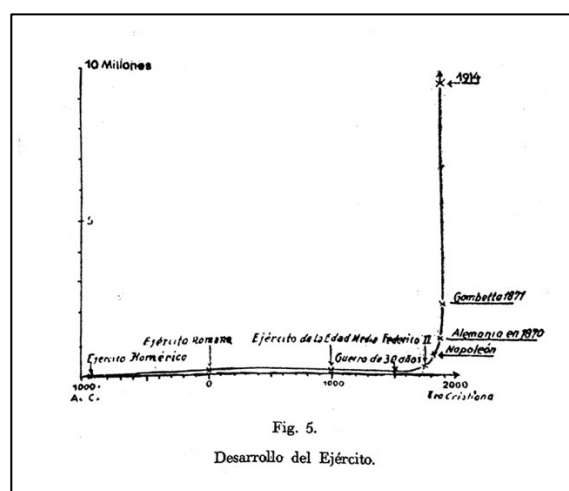
“Hoy, Bolsas, industria y comercio, son en parte organizaciones puramente internacionales, para quienes el lazo del Estado particular hace mucho que les es estrecho. Permanecerán también internacionales; pero en cambio, parece problemático si lo continuará siendo la asociación internacional del proletariado, especialmente desde que el instinto

⁵ Ibid., pág. 282.

*gremial, al estallar la guerra, ha sucumbido completamente ante los instintos nacionales, lo que no se puede decir de la Bolsa, del comercio y de la industria”.*⁶

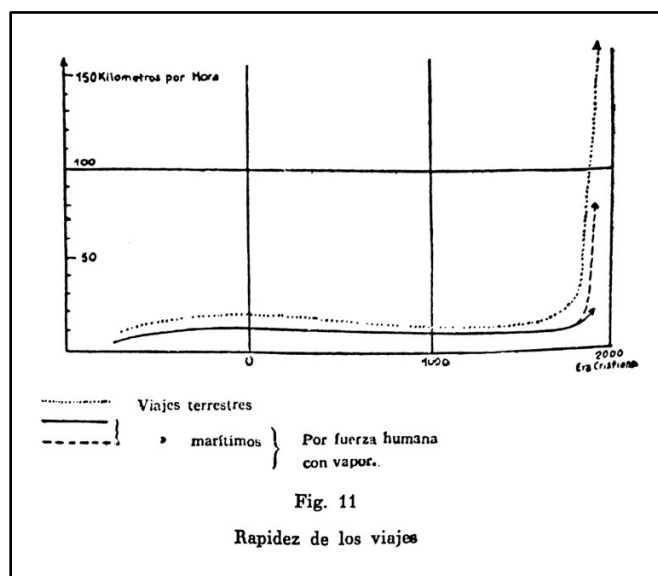
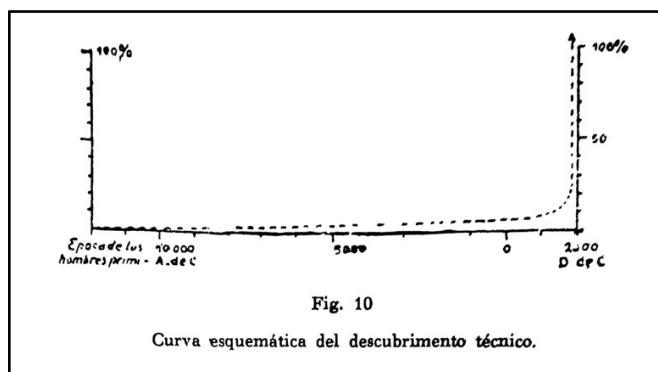
A pesar de que muchos años después, residiendo en Chile, Nicolai publicó un libro al que tituló *La miseria de la dialéctica* donde criticó duramente la dialéctica de Hegel, justificar el patriotismo como pavimentador del camino hacia la *cosmópolis* aparece como una suerte de astucia hegeliana de la que se vale el cosmopolitismo para acrecentar su alcance. Del mismo modo, en un argumento que recuerda la dialéctica del amo y el esclavo, Nicolai afirmaba que suele ser el vencido el que se beneficia de la guerra, ya que la derrota estimula la formación de su conciencia nacional, empujándolo a cobrarse revancha y superar a su opresor, que en cambio cree ya no tener nada que aprender. Esto explicaría el hecho de que la guerra es algo que se repite cansadoramente a lo largo de la historia, siendo la historia humana, en sí misma, una guerra interminable de altos y bajos, que tarde o temprano renace de sus cenizas.

La misma lógica reaparece en otras observaciones cruciales, referidas a la célebre máxima ciceroniana: “Hay que hacer alguna vez la guerra para poder disfrutar después de la paz”. En aparente contradicción con esta tesis paradójica, Nicolai observaba que, desde el siglo XVIII, el tamaño de los ejércitos ha aumentado enormemente su tamaño, y lo ilustraba con el siguiente gráfico:



Desde la Antigüedad, los ejércitos fueron relativamente pequeños y, de repente, a principios del siglo XIX, el curso de la curva muestra una elevación que parece seguir hasta lo infinito, tal como, en otra sección del libro y a través de dos gráficos muy similares, se muestra que, desde el siglo XIX, se produjo un desarrollo exponencial del descubrimiento tecnológico y de la rapidez de los medios de transporte, que han achicado la distancia de la humanidad respecto de sí misma:

⁶ Ibid., pág. 318.



Pero en lugar de dejarse vencer por el temor al crecimiento exponencial de los ejércitos, Nicolai, como el Kant de la *insociable sociabilidad del hombre*, escribe:

*“el crecimiento de las guerras no es, pues, en sí una prueba de que los hombres se han vuelto guerreros y litigadores, sino más bien un signo de que se han vuelto más pacíficos y más tolerantes”.*⁷

¿Cómo es posible que los mismos hombres que hicieron crecer las guerras se hayan vuelto más pacíficos? La curva, razona Nicolai, no podrá seguir creciendo hasta lo infinito, ya que todos los habitantes de la Tierra serían involucrados en la guerra. Por lo tanto, tiene que venir una segunda catástrofe que obre al revés de la catástrofe primera, la que torció hacia el infinito el rumbo de la curva belicosa. Dado que es una ley de la naturaleza que todo lo grande tenga que morir al superar los límites de su crecimiento, la guerra morirá en el mismo momento en que parece

⁷ Ibid., pág. 200.

apoderarse del mundo. A esta segunda catástrofe que neutralice la primera, Nicolai le dio el nombre de “*gigantanasia*”, la muerte por gigantismo o exceso de crecimiento. Un tipo de muerte reguladora donde la mayor fuerza coincide con la mayor grandeza, pero también con la mayor debilidad, y que Nicolai relacionaba con el misterio de la leyenda nórdica del crepúsculo de los dioses. Esta segunda catástrofe impondrá el límite del crecimiento militar y traerá la muerte natural de la guerra, o lo que bien podríamos llamar su “muerte biológica”. Como si invirtiese la tesis de Foucault según la cual la *biopolítica* se tuerce en *tanatopolítica*, la política de la muerte, en Nicolai, puede llegar a alumbrar una política de la vida que advendrá el día después de la última guerra, la cual será:

“la más grande y espantosa, como el último saurio fue el más gigante entre sus parientes. Y porque es así, el sabio puede reír altamente de todas las crueldades que ocurren ante nuestros ojos. Aun cuando sienta quizá más fuertemente que los demás lo irracional de esos horrores. Nuestra técnica hace crecer la guerra hasta lo gigantesco y luego la matará. En la naturaleza es siempre así: Ajax cae por la fuerza de Ajax. Pero el ritmo formidable de nuestro desarrollo técnico nos da al menos el consuelo de que ese crepúsculo de la guerra llega pronto”.⁸

La guerra, pues, como instrumento de la paz, trayendo consigo una suerte de autoinmunidad natural y una hipercorrección de los desequilibrios naturales generados por ella misma. Al alcanzar su límite de crecimiento, al alcanzar sus propios *confines*, la guerra quedaría *confinada* para siempre, desterrada del mundo.

Pero para Nicolai solo había una forma justificada de guerra, la guerra defensiva, concepto sin embargo resbaladizo que siempre puede ser engañosamente enarbolado por el atacante para disfrazar de defensa su acción agresora. Anticipándose también al concepto de *enemigo de la humanidad*, Nicolai apuntaba que, llevada al extremo, la guerra defensiva puede estar justificada cuando el enemigo contra el que se lucha no se estima como un ser humano con los mismos derechos que el que se defiende. Es decir, cuando se lucha contra un enemigo que debe ser exterminado porque amenaza la realización de la humanidad, tal como los *Untermenschen* vociferados pocos años después por los nazis. Término este, el de los *Untermenschen* o infrahombres, que, en verdad, los nazis tomaron del supremacista estadounidense Lothrop Stoddard y de su libro *The Revolt Against Civilization: The Menace of the Under-man*.

Esta sucesión de razonamientos lleva a las páginas más inquietantes de La biología de la guerra. Unas páginas que muestran nuevamente su clarividencia, pero también la reversibilidad de su pacifismo. En esos pasajes, Nicolai afirma que la estimación de otro pueblo como enemigo de la humanidad no es posible entre europeos, que en el fondo son iguales entre sí y forman un gran organismo. En cambio, la desestimación de otro pueblo puede llegar a estar justificada frente a los “mogoles” o la “raza amarilla”, calificativos con los que agrupa a todos los pueblos asiáticos, tanto a los chinos como a los japoneses. A diferencia de las razas no europeas ya conquistadas, solo los

⁸ Ibid., pág. 203.

asiáticos, por su crecimiento vegetativo y su capacidad de habitar todos los climas, estarán en condiciones de disputar, en un futuro cercano, la hegemonía mundial al hombre europeo:

“Ahora bien, si realmente es así, la gran parte de la tierra habitable, en donde los blancos no pueden habitar, pertenece a los mogoles, y con ello les pertenece también la dominación; pues parece excluido que, con la intensidad del tráfico, tal como existe hoy, y como se desarrollará seguramente en el próximo futuro, convivan dos razas separadas; se mezclarán, y una de ellas vencerá: ¡una raza y una cultura!

Pero esto es algo que quizás hasta el hombre más humano no lo quiere, y puedo, por eso, imaginar que digamos con justificado orgullo sobre nuestra cultura que estamos dispuestos a defenderla con las armas en la mano. Vosotros, mogoles, sois quizás mejores que nosotros; pero sois otra cosa; no queremos conocer vuestra cultura, posiblemente mejor; queremos conservar la nuestra. Desde este punto de vista podría yo imaginarme una guerra. Pero esa guerra tendría que ser entonces realmente despiadada”.⁹

En estas páginas, el “gran europeo” contrario al engrandecimiento de la Gran Guerra, invoca el discurso de la guerra de razas y se anticipa tanto al choque de civilizaciones de Huntington como a la actual rivalidad de Estados Unidos con China. Pero son páginas donde Nicolai -como si estuviese en guerra consigo mismo- se debate entre patrocinar este choque de razas que, en una teleología biológica, traerá la paz definitiva, y entre oponerle a este choque final una serie de recaudos que lo llevan a rechazar aquella gigantesca guerra de exterminio, ya que existe el riesgo de que la gigantomaquia sea ganada por los asiáticos y traiga el crepúsculo de los dioses como ocaso o decadencia de Occidente.

Si bien en La biología de la guerra se muestra como un severo crítico del racismo -al que considera “uno de los capítulos más tristes de la ciencia humana”-, Nicolai no deja de recurrir al concepto de raza para diferenciar a los pueblos que habitan la Tierra. El médico alemán objetaba la pureza de la raza, en especial lo que llamaba la “*estéril fantasía*” de una raza germánica pura, oponiéndole la mixtura racial de todos los europeos, los cuales sí podrían diferenciarse de otras grandes razas humanas, como los mogoles, los africanos o los amerindios, aunque más por razones culturales, idiomáticas y de costumbres que por razones fisionómicas. Al definir la raza según un *modus vivendi* y una comunidad de cultura más que por caracteres biológicos o fisionómicos, Nicolai estaba más cerca del discurso sobre la guerra de razas proveniente de los siglos XVI y XVII que del racismo biológico moderno, aunque las fronteras entre estos discursos no siempre son fáciles de demarcar.

Cabe recordar que, según Michel Foucault, el discurso sobre la guerra de razas proveniente de los siglos XVI y XVII blandió una *contrahistoria* opuesta a la justificación puramente jurídica del Estado enarbolada por el poder soberano. Contra la apología de la unidad del cuerpo político, esta *contrahistoria* afirmaba que la sociedad está recorrida por enfrentamientos de razas, donde la palabra raza aún no tenía un significado biológico definido, y refería a algo más parecido a lo que

⁹ Ibid., pág. 187.

actualmente se denomina grupos étnicos.¹⁰ Pero de este discurso historicista habrían brotado, a lo largo del siglo XIX, dos vertientes: el discurso racista que alcanzó su apogeo en la Alemania nazi, y el discurso sobre la guerra de clases, del que a su vez habría surgido el racismo socialista de la Unión Soviética, donde el terror estatal tenía tanto la función de “purgar” a los enemigos de clase como la de reeducar a los “recuperables” para así producir un cuerpo político homogéneo y una población económicamente fructífera.¹¹ Estas dos vertientes del discurso sobre la guerra de razas adquirirían, aunque con distinto acento, una fuerte tonalidad biológica, por la influencia que sobre ellas, y desde el siglo XIX, habría tenido el despliegue de la racionalidad biopolítica.

En Nicolai encontramos una suerte de zona de intersección situada entremedio de estas vertientes del discurso sobre la guerra de razas, pero para justificar una paz definitiva cuyas condiciones, sin embargo, serían dictadas por la raza que salga vencedora de la última batalla. Después de todo, Nicolai estaba más cerca del reformismo que de las versiones más extremistas del socialismo, las cuales han mostrado menos reparos en traducir la guerra de clases en guerra de razas. Al decir de Foucault, cada vez que el socialismo se centró en la necesidad de transformar las condiciones económicas de vida, no necesitó recurrir al racismo. Pero cuando tuvo que insistir en la lucha abierta contra un enemigo cercano al que debía combatir físicamente, tradujo las categorías de la lucha económica a las categorías de la lucha racista, haciendo aparecer al enemigo de clase como una amenaza biológica pasible de ser erradicada por todos los medios:

*“cada vez que vemos esos socialismos, unas formas de socialismo, unos momentos de socialismo que acentúan el problema de la lucha, tenemos racismo. De tal modo, las formas de socialismo más racistas fueron sin duda el blanquismo, la Comuna y la anarquía, mucho más que la socialdemocracia, que la Segunda Internacional y que el propio marxismo. En Europa, el racismo socialista recién se liquidó a fines del siglo XIX, por un lado debido a la dominación de una socialdemocracia (y, hay que decirlo, de un reformismo ligado a ella) y, por el otro, a causa de cierta cantidad de procesos como el caso Dreyfus en Francia. Pero antes del caso Dreyfus, todos los socialistas —bueno, la gran mayoría de los socialistas— eran fundamentalmente racistas. Y yo creo que eran racistas en la medida en que (y terminaré con esto) no reconsideraron —o admitieron, si lo prefieren, como evidentes por sí mismos— esos mecanismos de biopoder que había introducido el desarrollo de la sociedad y el Estado desde el siglo XVIII. ¿Cómo se puede hacer funcionar un biopoder y al mismo tiempo ejercer los derechos de la guerra, los derechos del asesinato y de la función de la muerte si no es pasando por el racismo? Ése era el problema, y creo que sigue siéndolo”.*¹²

No obstante, no fueron las versiones más combativas del socialismo las que dieron aval a la Primera Guerra Mundial, sino la socialdemocracia alemana, anteponiendo el interés nacional al interés de clase. Siendo más fiel a la socialdemocracia que la socialdemocracia misma, Nicolai

¹⁰ Michel Foucault, *Defender la sociedad*, clase del 17 de marzo de 1976, FCE, Buenos Aires, 2000.

¹¹ Verena Erlenbusch, *From Race War to Socialist Racism: Foucault's Second Transcription*, Foucault Studies, Nro. 22, pp. 134-152, enero 2017.

¹² Michel Foucault, *Defender la sociedad*, pág. 237.

rechazaba la guerra y la lucha política violenta, sustrayéndose a una de las tendencias más poderosas de la Alemania de entonces, y que abarcaba a todas las clases sociales: la veneración de la cultura militar, veneración que el Tratado de Versalles, al prohibir el servicio militar obligatorio, habría de reprimir. En este sentido, el Tratado de Versalles representó un *falso final* y un *falso remedio* de la guerra: imponiéndole a los alemanes severas ordenes desde el extranjero, imposibilitaba que se dedicaran, como era su pasión, a darse órdenes entre sí, acicateando la sed de venganza de la que más tarde se alimentó el nazismo.¹³

Al postular que la raza es una variable cultural, Nicolai, en última instancia, podía apoyar la unidad de la humanidad sin renunciar al concepto de raza, aunque las tendencias belicistas de Alemania eran tan poderosas que ninguna refutación de la guerra, sea biologicista o culturalista, parecía poder apaciguarlas. Al mismo tiempo, la disminución de la hegemonía europea en los asuntos mundiales fue motivo de pesar para el médico alemán, porque creía que el hombre occidental era el que estaba más avanzado en el camino que debía recorrer toda la humanidad. Por lo tanto, un revés para Europa significaba un revés para la especie humana.¹⁴ Entonces, concluía que, antes que entregarse a una lucha a muerte contra los asiáticos -posibilidad que Nicolai acaricia y de la que enseguida se aparta-, Europa haría mejor en dejar atrás sus diferencias, acrecentar su energía interna y superar a sus rivales apelando a sus activos culturales, concentrándose en sí misma.

Sin duda, y como ha observado su biógrafo Wolf Zuelzer, la digresión sobre el *peligro amarillo* revela una grieta en el pacifismo de Nicolai. En esto, Zuelzer, que escribió su biografía en la década del ochenta, coincidía con el novelista Romain Rolland, quien, a pesar de haberlo llamado el “gran europeo”, ya había anotado en su diario las siguientes palabras:

*“[Nicolai] manifiesta una especie de aversión instintiva hacia Asia” (...) “Su corazón sólo tiembla ante los sufrimientos de la raza blanca, y su humanidad se detiene en las fronteras de los pueblos amarillos” (...) “Él cree en un genus humanum, pero todavía no puede hacer que su corazón lo acepte”.*¹⁵

Si bien a lo largo de todo el libro Nicolai se pronunciaba a favor de los *instintos humanitarios*, manifestaba una suerte de “aversión instintiva” hacia Asia, donde la defensa del *genus humanum* podía trocarse en justificación del *genocidio*. Pero estos “instintos” sintomatizaba un temor arcaico de los europeos hacia los pueblos provenientes del Este, sean los persas, los hunos, los turcos o los *tártaros*, nombre occidental de los mongoles acuñado por los rusos medievales al percibir a aquellos jinetes implacables como procedentes del Tártaro, es decir, del inframundo griego.

Como científico, Nicolai veía en la raza humana un solo organismo donde biología y cultura se retroalimentan, formando, más que divisiones raciales, unidades civilizatorias. Como europeo,

¹³ Ver al respecto las grandes páginas sobre el tratado de Versalles escritas por Elias Canetti en *Masa y poder*.

¹⁴ Wolf Zuelzer, *The Nicolai Case*, pág. 50.

¹⁵ Citado en *ibid.*, pág. 52.

sentía terror hacia las razas extranjeras, a la vez que, por el bien de Europa, le declaraba la guerra a la guerra europea. Pero fue precisamente esta guerra de un solo hombre la que causó su expulsión de Europa, desplazándolo a un rincón del mundo en las antípodas de su temida Asia.

* * *

En verdad, para alguien que sentía tanto desdén por el nacionalismo estrecho, ser expulsado hacia otro rincón del mundo tenía mucho de favorable. Y si bien a principios de la década del veinte Nicolai era hostigado en Alemania por encarnar al enemigo público perfecto (pacifista, desertor, contrario al establishment académico, izquierdista, descendiente de un padre judío), su fama crecía en otros países. Entre ellos Argentina, donde habían llegado noticias de su persecución. Como consecuencia, el médico y dirigente estudiantil cordobés Enrique Barros, que en 1922 se encontraba realizando una especialización en Friburgo, le ofreció incorporarse a la Universidad de Córdoba como titular de la cátedra de Fisiología. Nicolai consideró entonces que no le vendría mal pasar dos o tres años fuera de Alemania, para regresar cuando el ambiente se aclarara.

Barros también había fichado al economista marxista Alfons Goldschmidt -judeoalemán como Nicolai- para dar clases de Economía Política en la universidad. Los dos profesores viajaron en el mismo barco. Pero, al pisar suelo argentino, fueron detenidos por el Departamento de Inmigraciones, alegando una denuncia contra Goldschmidt como supuesto agente bolchevique. Enseguida, la Federación Universitaria de Córdoba anunció una huelga estudiantil y La Voz del Interior inició un apoyo a ambos, con lo que los profesores alemanes permanecieron detenidos un solo día. Arribados a la estación de tren de Córdoba, Nicolai y Goldschmidt fueron recibidos por los estudiantes federados, encontrándose con las fuerzas vibrantes del movimiento reformista. Fuerzas que en 1922 aún controlaban la universidad, pero tenían que luchar contra los reflujos de la Córdoba tradicional, aquella que había contado con una universidad tan antigua y venerable como anquilosada, clerical y rutinaria, contraria a la contratación de profesores extranjeros e izquierdistas.

Así como Nicolai había saltado a la palestra mediante un contramanifiesto titulado *Llamamiento a los europeos*, esta vez el “gran europeo” había sido llamado por los autores sudamericanos de otro célebre manifiesto, el *Manifiesto liminar*, texto cargado de un vitalismo modernista que oponía la juventud del 18 contra unas autoridades universitarias decrepitas y guardianas de raídos textos sagrados:

“Las universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y -lo que es peor aún- el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara. Las universidades han llegado a ser así el fiel reflejo de estas sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por eso es que la Ciencia, frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático.

Quando en un rapto fugaz abre sus puertas a los altos espíritus es para arrepentirse luego y hacerles imposible la vida en su recinto. Por eso es que, dentro de semejante régimen, las fuerzas naturales llevan a mediocrizar la enseñanza, y el ensanchamiento vital de los organismos universitarios no es el fruto del desarrollo orgánico, sino el aliento de la periodicidad revolucionaria.” (Manifiesto liminar, 21 de junio de 1918).

A raíz de la victoria reformista sobre la Córdoba escolástica, la nueva universidad requería de un plantel docente capaz de contribuir a su modernización, rejuvenecimiento y vigorización, haciendo prevalecer las novedades científicas por sobre el culto religioso del pasado, importando el talento académico que no había podido retener Europa, aquel faro y modelo de civilización para las élites vernáculas que en 1914 parecía estallar en pedazos, despertando nuevas inquietudes sobre la identidad nacional.



*Recepción de la Universidad de Buenos Aires en honor a Nicolai y Goldschmidt
(Revista Atlántida, 2 de abril de 1922. Imagen reproducida en The Nicolai Case).*

La misma noche de su llegada a Córdoba, tanto Nicolai como Goldschmidt firmaron sus contratos en una gran ceremonia reformista. Nicolai, luciendo el monóculo que le era característico, brindó un discurso desde el balcón de la Federación Universitaria, donde saludó la Reforma:

*"He venido a Córdoba por una sola razón, a saber, porque aquí tuvo lugar la Revolución de 1918, y veo en esta juventud académica no sólo una tradición sino una esperanza para lo que debe venir".*¹⁶

Muy pronto, las clases de Nicolai, cuya lección inaugural se tituló *¿Qué es la vida?*, se volvieron un suceso entre los estudiantes. El profesor alemán despertaba cierta devoción, la cual respondía a su carisma, al halo heroico que lo precedía, pero también al hecho de tratarse de una celebridad europea cercana al socialismo y caída en desgracia. Habiendo sido desterrado en su propia tierra, ahora se volvía profeta en tierra extranjera, encarnando el ideal del reformismo, reuniendo erudición científica y una fuerza moral capaz de inspirar a la juventud, mientras se granjeaba el odio de la contrarreforma. Pero a pesar de que la vida en el interior argentino podría resultar un tanto extraña a sus gustos y costumbres, era un paraíso si se la comparaba con la pesadilla en la que se había vuelto Berlín, ciudad en la que Nicolai había dejado una esposa y dos hijos a los que les enviaba pesos, y donde arreciaban tanto la inflación como las bandas de extrema derecha armadas con nudillos de bronce.

Durante su primer año en Córdoba, Nicolai se abocó a varios proyectos en simultáneo. Por un lado, y recogiendo la influencia de su maestro Pavlov, a una investigación sobre la relación entre peso cerebral e inteligencia tomando como objeto de estudio unos doscientos perros. En simultáneo, había comenzado a escribir una obra en español sobre la teoría de la relatividad, de la que buscó extraer consecuencias biológicas y epistemológicas, postulando que las sensaciones de espacio y tiempo son comunes a todos los organismos vivos, pero no *a priori* como en Kant, sino adquiridas en la experiencia empírica y *relativas* en el sentido einsteiniano.¹⁷ El libro, titulado *La base biológica del relativismo científico y sus complementos absolutos*, fue publicado en 1925 por la Revista de la Universidad Nacional de Córdoba, institución a la que Nicolai le dedicó el prólogo. Algunos fragmentos también fueron publicados en la Revista de Filosofía editada por José Ingenieros¹⁸ y Aníbal Ponce, acompañados de comentarios escritos por el psiquiatra Gregorio

¹⁶ Citado en: *ibid.*, pág. 346.

¹⁷ Fernando José Ferrari, *Georg F. Nicolai: aportes para un estudio de recepción de las ideas de Pavlov en Argentina*, Universitas Psychologica, 13(5), 1787-1800, Bogotá, 2014.

¹⁸ En 1914, al estallar la Primera Guerra Mundial, José Ingenieros publicó en Caras y Caretas un artículo titulado El suicidio de los bárbaros, donde también anunciaba que, gracias a la guerra, se iniciaría una nueva era humana, una era donde la "casta feudal" que habría regido los destinos del mundo desde el Renacimiento y a través del imperialismo sería definitivamente vencida por la "minoría pensante e innovadora", portadora de las "fuerzas morales" del trabajo y la cultura, cuyos arquetipos espirituales, en Argentina, habrían sido *"tres maestrescuelas: Sarmiento, el pensador combativo; Ameghino, el sabio revelador; Almafuerte, el poeta apostólico"*. Como en la gigantasia de Nicolai, y apoyándose también en un discurso de la guerra de razas en clave socialista, la hecatombe se le aparecía como *"un puente hacia el porvenir"* donde la nueva civilización surgiría de los escombros dejados por la vieja Europa feudal, que moriría *"como todos los desesperados: por el suicidio"*. Por eso: *"Conviene que el estrago sea absoluto para que el suicidio no resulte una tentativa frustrada. Es necesario que la civilización feudal muera del todo exterminada irreparablemente. ¡Que nunca vuelvan a matarse los hijos con las armas pagadas con el sudor de sus padres!"*. (Artículo reeditado en: José Ingenieros, *Los tiempos nuevos*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1961).

Bermann. No obstante, el propio Einstein, que esquivaba las implicaciones filosóficas de su propio trabajo, se mostró poco entusiasmado con el libro. Al menos así se trasluce a través de las crónicas de su visita a Argentina de 1925, cuando pasó por Córdoba y se reencontró con su viejo compatriota y compañero pacifista.

* * *

En estas idas y vueltas entre Alemania y Argentina resulta imposible pasar por alto que, en 1927, Carlos Astrada, otro estudiante y profesor cordobés, se trasladaría a Alemania para adentrarse en las profundidades del heideggerianismo. Pocos años antes, Astrada también se había involucrado con el ala revolucionaria del movimiento reformista, desde el que escribió grandes textos y discursos. Contra la matriz de pensamiento positivista, y con cierto acento en el vitalismo soreliano, el joven Astrada afirmaba que el estallido de la Reforma no era el correlato del desarrollo de leyes biológicas o económicas, sino la interrupción de ese desarrollo, o bien la apertura de una era “vívida intensamente” y guiada por “inquietudes espirituales”.¹⁹ En su primera etapa anarco-bolchevique (lugar al que, con algunas inflexiones, retornaría luego de su paso por el telurismo peronista), Astrada se había opuesto a todas aquellas corrientes de la izquierda pacifista que, como Juan B. Justo y Alfredo Palacios, rechazaban la revolución y defendían un socialismo evolucionista, gradual y progresista. A la manera del mesianismo leído por los marxistas judíos de la década del veinte, Astrada pensaba la Revolución rusa como un acontecimiento que interrumpía la secuencia evolutiva y obligaba a pensar de otro modo la filosofía de la historia.

Asimismo, en un texto de 1922 titulado *Nuestro Kulturkampf*, Astrada definía el movimiento reformista apelando a la versión alemana del sintagma *Kulturkampf* o “lucha cultural”, es decir, aquellas luchas entre liberales y conservadores que tuvieron lugar en Alemania a fines del siglo XIX. Para Astrada, la Reforma no perseguía una renovación exclusivamente académica, sino una gran transformación político-cultural. Incluso, observando el impacto que había tenido la Reforma en toda Sudamérica, Astrada enarbolaba ideales universalistas muy semejantes a los invocados por Nicolai en *La biología de la guerra*:

*“Hoy la cultura no puede estar subordinada al prejuicio nacionalista porque habiendo sobrepasado esta norma, demasiado estrecha para su contenido, apunta a un objetivo más alto: la Humanidad (...) Si nuestro Kulturkampf ha de tener un lema, no puede ser otro que éste: ¡Por la Humanidad y por la Libertad!”*²⁰

¹⁹ Natalia Bustelo, Lucas Domínguez Rubio, *Vitalismo libertario y Reforma Universitaria en el joven Carlos Astrada*, Políticas de la Memoria n° 16 | verano 2015/2016 | pp. 295-310.

²⁰ Carlos Astrada, *Nuestro Kulturkampf*, en: *Textos de juventud: de la revolución universitaria a la vanguardia filosófica (1916-1927)*, introducción y compilación de Natalia Bustelo y Lucas Domínguez Rubio, CeDInSI Editores, Buenos Aires, 2021.

No sabemos si Astrada y Nicolai trabaron relación. Probablemente sí a juzgar por otro pasaje de *Nuestro Kulturkampf* donde celebraba la llegada de Nicolai a Córdoba, presentado como un rebelde importado por los reformistas desde Europa:

“Pero es ya un desagravio a la ofendida dignidad del pensamiento el hecho de que la misma Universidad que otrora cerrara, con la altanería propia de la ignorancia, sus puertas a Posada y a Ferri, hoy, animada por otro espíritu, las abra de par en par a Goldschmidt, gran economista cuya enseñanza, inspirada en la libertad de la ciencia, no tiene compromisos con la ideología del régimen imperante, y al rebelde profesor Nicolai, gloria de su raza y de la Humanidad; a Georg Friedrich Nicolai autor de La biología de la guerra, el libro más corrosivo de la bárbara ideología que santifica la matanza y la prepotencia, y de los preconceptos de un patriotismo liberticida”.²¹

Pero Nicolai bien podría identificarse con los socialistas evolucionistas que se inclinaban a favor de un arribo gradual al socialismo. Al punto que, poco después de la revolución de 1917 y por sus reparos respecto a la dictadura del proletariado, había rechazado una invitación del dirigente bolchevique Lev Kámenev para exiliarse en Rusia. De hecho, en un pasaje de *La biología de la guerra*, Nicolai escribe que la guerra nunca puede ser cultural, porque siempre es destructora de cultura. Las ciencias, las artes, el pensamiento, no pueden ser belicistas porque requieren de una disposición pacífica, así como de cooperación internacional. En Nicolai parecía palpar un *reformismo* más conservador y positivista que el vitalismo de la *Reforma* cordobesa. La violencia, en Nicolai, era simultáneamente una necesidad y algo a rechazar, tal como la “gigantanasia” entrañaba un acontecimiento que deforma el curso de la evolución a la vez que confirma los designios secretos de la ley biológica.

Sin embargo, cabe mencionar que, durante su etapa peronista, Astrada adoptó una posición semejante a la de Nicolai, cuando dictó su conferencia *Sociología de la guerra y filosofía de la paz*. En esta alocución de 1947, dictada en la Escuela de Guerra Naval, también se refutaba la idea de que la guerra favorece la “fortaleza biológica” de los pueblos. Contra el militarismo llamado por Astrada *ideológico*, cuyos antecedentes localizaba tanto en Hegel como en Nietzsche, el filósofo cordobés defendía otra case de militarismo, uno al que llamaba *instrumental*, que afirma el valor de las instituciones militares no en sí mismas, sino como un instrumento político para defender y conservar, cuando las circunstancias históricas lo requieren, “la soberanía exterior del Estado y su forma interior”. Según Astrada, la guerra también seguiría una línea evolutiva expansiva que, algún día, deberá desembocar en la paz perpetua kantiana:

“Sin duda, no se puede establecer una ley acerca de las fases por que debe pasar la humanidad, después de las cuales tiene que quedar instaurada la paz. No obstante, ateniéndose, en un sentido mucho más general, a esas recónditas leyes de la dirección de la marcha de la evolución humana y anímica, cabe considerar verosímil la cesación de la guerra, desde luego en una época mucho más remota en el futuro que lo que se imagina un pacifismo cegatón, y sobre

²¹ Ibid.

todo el ingenuo y superficial pacifismo de tipo positivista y progresista. En cambio, la ley, formulada por el conocido sociólogo Von Wiese, de la "disminución de la fuerza", no es convincente, desde que los hechos se encargan de evidenciar que tanto intensiva como también extensivamente la magnitud de la fuerza tiende a aumentar (en realidad ha aumentado) en cada nueva guerra, arrebatando en su furor ígneo siempre mayores partes de la humanidad, mayor número de pueblos, más amplias constelaciones raciales, políticas, ideológicas. Lo ha demostrado la guerra que acaba de terminar y, por desgracia, quizá lo demuestre más acabadamente la que ya se está incubando en la entraña dolorida de esta época actual".²²

Sin mencionarlo, Astrada parecía hacerse eco de La biología de la guerra de Nicolai, con el fin de inculcar el militarismo pacifista del peronismo en una audiencia de oficiales navales, aunque, pocos años después, la Marina le declarará la guerra a Perón. Contra la idea de que la guerra fortifica biológicamente a los pueblos, el filósofo cordobés proponía un *"magnífico programa de lucha en medio de la paz para una comunidad nacional como la nuestra, pacifista por imperativo de su tradición histórica"*. Astrada (al menos el Astrada de 1947) no parecía encontrar contradicción entre este supuesto pacifismo argentino y la defensa que, pocas páginas después, hacía de la conquista del desierto, campaña militar que "argentinizó" la frontera terrestre masacrando a los pueblos originarios.

Pero las coincidencias con el libro de Nicolai no se acaban aquí. En otra sorprendente consonancia, Astrada vislumbra el despliegue de una guerra de razas de dimensiones planetarias, llegando a recurrir, como cita de autoridad, a Lothrop Stoddard, el ideólogo del supremacismo blanco y miembro del Klu Klux Klan que, como mencionamos antes, acuñó el término *infrahombre*:

"Es cierto que durante todo el siglo XIX prevalecieron las guerras entre naciones, pero en el futuro, absorbidas éstas por núcleos ideológicos o raciales o económicos más amplios, pueden tener lugar guerras enteramente de otro carácter, por ejemplo, guerras de razas, con la lucha entre la raza blanca y la raza amarilla, o entre blancos y negros, tal como lo ha pronosticado Lothrop Stoddard, fundando su tesis en el innegable hecho histórico del "oleaje ascendente de los pueblos de color", título de su conocido libro, en el que elucida la posibilidad, la amenaza más probable dentro del transcurso del siglo XX, de una rebelión de estos pueblos contra la supremacía universal (hoy ya cuestionable) de la

²² Carlos Astrada, *Sociología de la guerra y filosofía de la paz*, pág. 142 (en: *Metafísica de la pampa*, compilación por Guillermo David, ediciones Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2007). La concepción sobre la paz perpetua de Astrada también puede leerse como un antecedente de las formulaciones de Derrida acerca del acontecimiento como "mesianicidad sin mesianismo", como aquello por venir y sin embargo no previsible, no programable, no reductible a la presencia del presente ni a una ley de la Historia, sea una ley economicista o una ley naturalista como la de la "gigantanasia". Escribía Astrada: *"Porque la paz perpetua es un valor positivo incondicionado, ella implica un deber ser y, según la idea, debe ser. Por consiguiente, su advenimiento es posible en la historia humana, aunque no se lo puede esperar en una época previsible, determinada. Teniendo en cuenta que las leyes de dirección de la marcha evolutiva no expresan fases reales del concreto devenir histórico, la paz perpetua es verosímil por una deducción a partir de la evolución de la vida humana misma. Pero su entrada concreta en la historia real no es objeto de un saber, de un conocimiento, sino de una expectativa, de una idea, en sentido metafísico: idea que es, a la vez, un principio regulativo y una meta a que se encamina el acontecer histórico-espiritual de la humanidad"*.

raza blanca; guerras entre continentes enteros, una secuela quizá de la anterior posibilidad, la que para el ojo avizor, ya se insinúa en el presente".²³

En cuanto al “magnífico programa de lucha en medio de la paz”, Astrada menciona que consiste en asegurar la salud biológica del pueblo elevando su nivel de vida, promoviendo la buena higiene, cultivando el ejercicio físico, combatiendo “las enfermedades sociales y de la raza”, practicando “una sana y equilibrada política demográfica” y realizando una política social enérgica con relación a los problemas de la vivienda y las condiciones de trabajo. Se trataba entonces de oponerle a la tanatopolítica belicista, fundada en la lucha de razas o de clases, la colaboración de clases y la biopolítica pacifista del primer peronismo, programa que podemos encontrar formulado, con inigualable claridad y por esos mismos años, en Ramón Carrillo, que de hecho recurría el término biopolítica y guardaba gran estima, precisamente, por esta conferencia de Carlos Astrada.²⁴

* * *

Volviendo a la Córdoba de principios de la década del veinte, Nicolai, tal como había ocurrido en la Universidad de Berlín, se involucró en las *batallas culturales* argentinas. A poco de llegar comenzó a desempeñarse en los comités de la facultad y fue elegido por los estudiantes como su representante en el Consejo Superior, donde la disputa electoral entre reformistas y conservadores seguía siendo muy dura. En 1925, cuando la rectoría era comandada por el médico conservador León S. Morra, Nicolai, en protesta contra nuevas regulaciones que prohibían a los estudiantes participar en el gobierno de la universidad, renunció a su puesto en el Consejo. Pero cuando los estudiantes recurrieron a una huelga que resultó en violentos enfrentamientos con la policía, Nicolai adoptó una nueva actitud de disgusto, manifestándose en contra de las estrategias de choque a las que recurrían los estudiantes, dando a ver que, si bien tenía simpatías de izquierda, su pacifismo se extendía tanto al militarismo como a la militancia.

Pero la burocracia contrarreformista, que detestaba tanto al comunismo como al positivismo, buscaba distintas maneras de deshacerse del profesor trasplantado desde Alemania, recortando el presupuesto del Instituto de Fisiología, ignorando sus solicitudes de personal, negándole permisos para importar aparatos de laboratorio y retrasando la renovación de su contrato. Incluso, una delegación de la Comisión de Enseñanza fue enviada a su casa para buscar bienes de la universidad que supuestamente había sustraído para uso personal. En 1926, después

²³ Ibid., pág. 150.

²⁴ El interés de Carrillo por esta conferencia de Astrada puede comprobarse en un listado de textos estudiados por el “Departamento de Cibernología” creado por el sanitarista santiagueño y que apareció publicado en la Memoria del Ministerio de Salud Pública de 1952. Sobre la cibernología y la biopolítica de Ramón Carrillo, ver: Gabriel Muro, *El don de la ubicuidad. Ramón Carrillo y la cibernología peronista*, Miño y Dávila editores, Buenos Aires, 2021.

de que las solicitudes formales de renovar su contrato fueran ignoradas, Nicolai informó al rector que no impartiría clases hasta que el Consejo decidiera normalizar la situación. La *guerra de nervios* se prolongó un año más, hasta que, finalmente, se anunció que el profesor Nicolai había sido destituido de su cargo por incumplimiento de sus funciones.²⁵

El escándalo produjo una gran protesta entre los reformistas y llegó a tener repercusiones en la prensa de Buenos Aires. No obstante, la suerte de Nicolai estaba echada y ya no tenía intenciones de permanecer en Córdoba, donde la *Kultukampf* mediterránea lo había dejado malherido y el espíritu de la Reforma parecía entrar en su ocaso. De hecho, en una sentida despedida a los estudiantes de la Universidad llegaría a retomar su temor al ocaso de Occidente, tema que, por esos mismos años, difundía su compatriota Spengler:

*“Temo por sus almas y quiero decirles que están en peligro. El destino del mundo puede que algún día dependa de su generación. Vivimos una época que se parece en muchos aspectos a los últimos días de la civilización griega. La decadencia de Occidente está hoy en boca de todos. Pueden salvar nuestra cultura o destruirla y perecer con ella. El futuro está en sus manos si permanecen fieles a los ideales en los que seguramente creen hoy. Mi palabra y mi ejemplo pueden servir a un propósito”.*²⁶

En Córdoba, Nicolai también decía adiós a las armas. Poco antes de abandonar la provincia, escribió un texto corrosivo del adiós titulado *Homenaje de despedida a la tradición de Córdoba docta y santa*, donde satirizaba el clericalismo de la universidad y se burlaba de que, en trescientos años, la institución no había alumbrado descubrimiento científico alguno. Él, que era un *savant* pero también una suerte de polímata renacentista, ridiculizaba la falta de especialización de los cordobeses, que sin embargo creían saberlo todo:

*“El catedrático cordobés es un abogado, un boticario, un ingeniero, un médico, un dentista, que a la par de sus faenas profesionales, desempeña el altivo y responsable oficio de enseñar a la juventud y de hacer prosperar la ciencia; y aunque gran parte de entre ellos no puede dedicar más que tres horas semanales a la ciencia, están convencidos de adelantarla no menos que sus colegas de Europa que le consagran toda una vida.” (...) “La división del trabajo es sólo imprescindible porque en el resto del mundo faltan los cordobeses”.*²⁷

Este pequeño y mordaz volumen atizó aún más el odio de sus enemigos cordobeses, pero también despertó elogios como el del escritor de Boedo Elías Castelnuovo, que se refirió a su *“fina*

²⁵ Wolf Zuelzer, *The Nicolai Case*, pág. 384.

²⁶ Ibid., pág. 386.

²⁷ Citado en Emanuel Rodríguez, *Los cordobeses somos así*, reseña a *Homenaje de despedida a la tradición de Córdoba docta y santa*, aparecida el 16/11/2008. Ese año, el opúsculo de Nicolai fue reeditado en versión facsimilar por la editorial de la UNC.

ironía, más francesa que alemana, más Voltaire que Heine”,²⁸ destacando, de este modo, la francofilia del profesor alemán.

* * *

De la Córdoba cerril y conservadora, Nicolai partió hacia la Rosario abierta y portuaria, cuya casa de estudios aún era una rama de la Universidad del Litoral centrada en la ciudad de Santa Fe. Allí, anunció en los diarios la apertura de su consultorio médico y alquiló una casona en el bulevar Oroño donde se instaló junto a su familia, a la que había logrado traer de Alemania, compuesta de su esposa, de una pequeña hija y de un hijo de diez años con síndrome de Down que Nicolai rechazaba y al que había condenado a quedarse en una institución en Alemania donde permaneció el resto de su vida, escapando por poco del programa de *eutanasia* perpetrado por los nazis.

Aunque no logró conseguir la cátedra de Fisiología, Nicolai, que se burlaba de la falta de especialización de los cordobeses, obtuvo la de Sociología, recientemente creada en la facultad de Ciencias Económicas. Rodeado otra vez de un cenáculo de estudiantes e intelectuales que lo ensalzaban, el *gran europeo* volvía a engrandecerse, encontrando en Rosario su tan anhelada paz, al menos una paz personal que le permitió escribir dos libros, uno en alemán y otro en español. Pero se trataría, como tantas veces en su vida, de una paz fugitiva, o de la paz huidiza del fugitivo.

El primero de los libros, titulado *Herr der Erde* (Señor de la Tierra), era una fábula autobiográfica sobre un genio incomprendido que, al no haber logrado convencer al mundo de su visión sobre una humanidad pacificada, inventa, en el secreto de su laboratorio, una bomba atómica en miniatura con la que obliga a los gobernantes del mundo a desarmarse y renunciar a la violencia. Es decir, la mayor arma, la mayor violencia potencial, servía en este relato para poner fin a la violencia mundial. Nicolai,



*El matrimonio Nicolai en la puerta de su casa en Córdoba.
Imagen reproducida en The Nicolai Case.*

²⁸ Citado en *The Nicolai Case*, pág. 388.

anticipándose unos quince años a la invención de la bomba atómica, intentó publicar esta novela de ciencia ficción en Alemania, pero el manuscrito le fue devuelto y nunca fue publicado. En cambio, su segundo libro escrito en Rosario, un tratado titulado *Física y moral*, logró publicarse y alcanzó cierta repercusión en Latinoamérica. Aquí retomaba la idea del sentido moral como un instinto primitivo que debía ser cultivado, así como el acento en que el destino del hombre está ligado al desarrollo de su cerebro, siendo esta “cerebrelización” el camino que conduciría a la capacidad de reconocer la interdependencia de todas las naciones del mundo y la unidad orgánica de la especie humana.



*Caricatura publicada en un diario de Rosario que muestra a Nicolai agigantado sobre la ciudad. Enero de 1930, época de su expulsión de la universidad.
Imagen reproducida en The Nicolai Case.*

Pero la guerra, la querella, la polémica, parecían acompañar a Nicolai adondequiera que fuese, como si la discordia, para él, no tuviese fin. La Universidad del Litoral, creada en 1919 al calor de la Reforma Universitaria, atravesaba crisis recurrentes debido a que aún no había logrado un autogobierno efectivo, teniendo que apelar al Estado Nacional cada vez que enfrentaba disputas internas. En 1928, la situación escaló a raíz de una huelga de los estudiantes de Medicina. Seguidamente, el gobierno de Yrigoyen nombró interventores radicales en la universidad, colocando en la cátedra de Sociología a Alberto Baldrich, un militar ultranacionalista que por entonces formaba parte del radicalismo y tiempo después se uniría al peronismo, no sin antes, durante la revolución de 1943, ser nombrado interventor de Tucumán, donde, según una asombrosa anécdota, ordenó trasladar un cuadro de Bernardino Rivadavia desde la Casa de Gobierno a la plaza central para hacerlo fusilar por un pelotón policial.²⁹

El desplazamiento de *Jorge Federico Nicolai* -como ya se lo llamaba por estos lares- volvió a levantar polvareda, arrastrando al profesor alemán a una gira por distintas

²⁹ La anécdota es relatada por el periodista Guillermo Monti en *El club de los 33 Gobernadores de facto*, artículo aparecido en La Gaceta, 3/9/2021.

ciudades del país, donde estuvo rodeado de tumultuosas multitudes estudiantiles. Y aunque ninguna universidad le ofrecería un puesto, sus simpatizantes acudieron al rescate. En 1930, poco después del golpe de Uriburu, un grupo de intelectuales conformado por Alejandro Korn, Narciso Laclau, Aníbal Ponce, Roberto Giusti, Carlos Ibarguren y Luis Reissig, se aglutinó contra las políticas antirreformistas y fundó el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES). El objetivo de esta institución privada era ofrecer cursos y conferencias que la universidad no ofrecía. El CLES -abierto hasta 1970 y del que llegarían a participar, entre muchos otros, Jorge Luis Borges y Arturo Frondizi-, dio cobijo a Nicolai, que en 1931 impartió conferencias con los siguientes títulos: *“La influencia del medio ambiente en el desarrollo cultural y político”*, *“Inmigración y mano de obra extranjera”*, *“Recursos energéticos”* y *“La misión de América del Sur”*.

No obstante, la experiencia del CLES resultaba demasiado incierta para el médico ya sexagenario, cuyas dudas acerca de permanecer en Argentina se hacían cada vez más agudas. Por eso, aceptó viajar a Rusia invitado por un amigo rosarino, el médico Lelio Zeno, que, junto a su hermano Artemio, deseaban estudiar la medicina soviética de primera mano. De esa travesía también participaría Elías Castelnuovo, viejo compañero de Lelio Zeno en el movimiento anarquista. Aunque Nicolai fue opositor del bolchevismo, esperaba volver a explorar una sociedad que se lanzaba hacia lo nuevo, y a la que había conocido un cuarto de siglo antes, cuando estudió con Pavlov.

De este viaje de cuatro meses nacerían las crónicas de Castelnuovo sobre la URSS, tres libros de Lelio Zeno sobre la socialización de la medicina, y una serie de conferencias sobre Rusia dictadas por Nicolai, que, al trabajar como intérprete para los hermanos Zeno, había visitado hospitales y conocido a muchos médicos. En estas conferencias, donde oscilaba entre el encomio y la crítica de la Unión Soviética, Nicolai postulaba que la adopción de una economía planificada era un paso necesario en la evolución humana, pero también rechazaba el aplastamiento de los derechos individuales por el Estado comunista, lo que debió disuadirlo de la posibilidad de asentarse en Rusia.³⁰

De vuelta en Argentina, habiendo hecho una escala de ocho meses en la España de la Segunda República -donde también intentó, sin suerte, obtener un puesto de profesor-, Nicolai, para variar, fue bienvenido por sus amigos y hostigado por sus enemigos, mientras que su esposa y su hija, cansadas de su desapego respecto a la vida familiar, le anunciaron que regresaban a Alemania. Son, por cierto, los mismos años en que volvía a Alemania Robert Lehmann-Nitsche, el curioso antropólogo alemán que se desempeñó como director del Departamento de Antropología en el Museo de La Plata entre 1897 y 1930. También son los años en que numerosos emigrados alemanes encallaban en Argentina huyendo del nazismo, como el poeta Paul Zech, el dibujante Clement Moreau (pseudónimo de Carl Meffert) y las fotógrafas Annemarie Heinrich y Gisèle Freund, que fotografiarían, cada una a su manera, a Eva Perón.

³⁰ Wolf Zuelzer, *The Nicolai Case*, pág. 408.



Año 1931: Nicolai de viaje junto a Elías Castelnuovo (der.) y el doctor Lelio Zeno (izq.).
Foto publicada en la revista Crisis, nro. 12, abril de 1974.

Errabundo, rebotando de Norte a Sur, sin punto de referencia, Nicolai salió del paso organizando un ciclo de diez conferencias en el CLES titulado *Rusia actual y futura*. Pero Carlos Ibarguren, el historiador que por esos años contribuía a fundar el revisionismo rosista y manifestaba abiertas simpatías por el fascismo, renunció al Colegio en protesta del curso de Nicolai, al que juzgaba prosoviético. El propio Nicolai redactó una respuesta en el diario Crítica:

“El Dr. Carlos Ibarguren ha renunciado a la facultad porque allí va a hablar el profesor “comunista” Nicolai y porque repudia tales tendencias. La primera de estas afirmaciones es mentira. No soy comunista en ningún sentido, ni apruebo la doctrina rusa, ni pertenezco al Partido, ni tengo la más mínima conexión, oficial o no oficial, con ningún gobierno del mundo. No conozco a ningún político en Rusia, sólo hombres de ciencia y de letras. ¿En qué basa Ibarguren su acción? Espero que, como hombre honorable, se informe. El mundo está dividido en bandos pro y anticomunistas: aquellos que no pertenecen a ninguno de ellos y tratan de ver el mundo con los ojos abiertos, objetiva e imparcialmente, son rechazados por ambos. El científico tiene la obligación de estudiar cada fenómeno, incluso el canibalismo, sin dejar que sus sentimientos interfieran. Quien teme a los rusos está doblemente obligado a comprenderlos”.³¹

Nicolai volvía a mostrarse equidistante y *relativista*, como si hubiese adoptado, en política, la perspectiva física de Einstein. Pero a pesar del desplante de Ibarguren, el Colegio Libre respaldó

³¹ Diario Crítica (Buenos Aires), 23 de julio de 1932. Citado en *ibid.*, pág. 416.

a Nicolai, lo que le permitió completar su ciclo de conferencias para luego emprender una muy publicitada gira por las provincias, donde también discurrió sobre Rusia. Este tour lo llevó de nuevo a Rosario y a Córdoba, volviendo a ser recibido con honores en la estación de tren. El día de su conferencia cordobesa fue presentado por el mismísimo Deodoro Roca, pero la controversia -sino trágico de Nicolai- no tardó en resurgir: mientras disertaba críticamente sobre la personalidad de Lenin, fue interrumpido por miembros del partido comunista, que lo acusaban de agente del imperialismo. En un extraño cruce de acusaciones, los reaccionarios lo acusaban de comunista y los comunistas lo acusaban de reaccionario, como si Nicolai no solamente adoptase el relativismo de Einstein, sino también una tercera posición semejante a la que esgrimiría, pocos años después, un ferviente lector de estrategias militares prusianas: Juan Domingo Perón.³²

A la manera de un Sísifo que siempre volvía a empujar la misma gran piedra, Nicolai, el desertor disertante, continuó su tour hacia el norte, recorriendo Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy. Una vez agotados los destinos argentinos (e incluso su propio destino en Argentina), cruzó los Andes en tren y llegó a Antofagasta, donde había sido invitado a participar de una convención nacional de la Asociación General de Profesores de Chile. Su visita había sido organizada por César Godoy Urrutia, un profesor que luego sería diputado por el partido socialista.

Desde Antofagasta, Nicolai volvió a bajar hacia el sur. Y en cada ciudad chilena por la que pasaba volvió a ser recibido como maestro de la juventud por algunos e influencia corruptora por otros. Pero era 1933, Hitler había llegado al poder, Einstein dejaba Alemania y Nicolai comprendía que, respecto a su tierra natal, había alcanzado el punto de no retorno, debiendo aceptar su destino sudamericano. Entonces, contra la oposición de los elementos filofascistas chilenos, la Asociación General de Profesores presionó para que la Universidad de Chile le concediera una cátedra de “biología social”, materia propuesta por él mismo. Pero pasarían tres años más hasta que la Universidad de Chile adoptara al “gran europeo”. No le concedió la ansiada cátedra, sino un modesto nombramiento como profesor de Fisiología en la Facultad de Veterinaria. Con todo, en

³² Como destaca Horacio González en su bellissimo opúsculo *Ecos alemanes en la historia argentina*, Perón, en un pasaje de sus *Apuntes de historia militar*, encomió una frase del diputado socialdemócrata Hugo Haase pronunciada en el Reichstag durante 1914 a raíz de la aprobación de los créditos de guerra: “*En la hora del peligro no abandonamos a nuestra patria!*”. Dado que había adoptado la idea de nación en armas del mariscal Colmar von der Goltz -idea según la cual un obrero solo será buen soldado si considera a la patria propia, es decir, si la patria vela por su salud y su educación-, Perón veía con buenos ojos el que un diputado socialista hubiese puesto el interés nacional por encima del interés de clase (aunque, poco tiempo después de iniciada la guerra, Haase se volcaría al pacifismo, luego participaría de la Revolución de Noviembre y terminaría asesinado en un atentado perpetrado en 1919). De hecho, von der Goltz también visitó la Argentina del Centenario y dejó sus impresiones en un libro donde elogió el modo en que la elite gobernante convertía la cuestión social en una cuestión de policía. Pero como observa Horacio González, en lugar de reiterar a los militares alemanes que leía con fervor, Perón inscribió su pensamiento militar prusiano en una dimensión más apacible y menos policial, haciendo del prusianismo una vertiente del populismo social-democrático. Ver: Horacio González, *Ecos alemanes en la historia argentina*, Ediciones Biblioteca Nacional, 2010. Agradezco la sugerencia de este texto a Florencia González Cuba.

1938 también fue nombrado profesor de una materia llamada “Filosofía Biológica”, que dictó en el Instituto Pedagógico de Santiago.

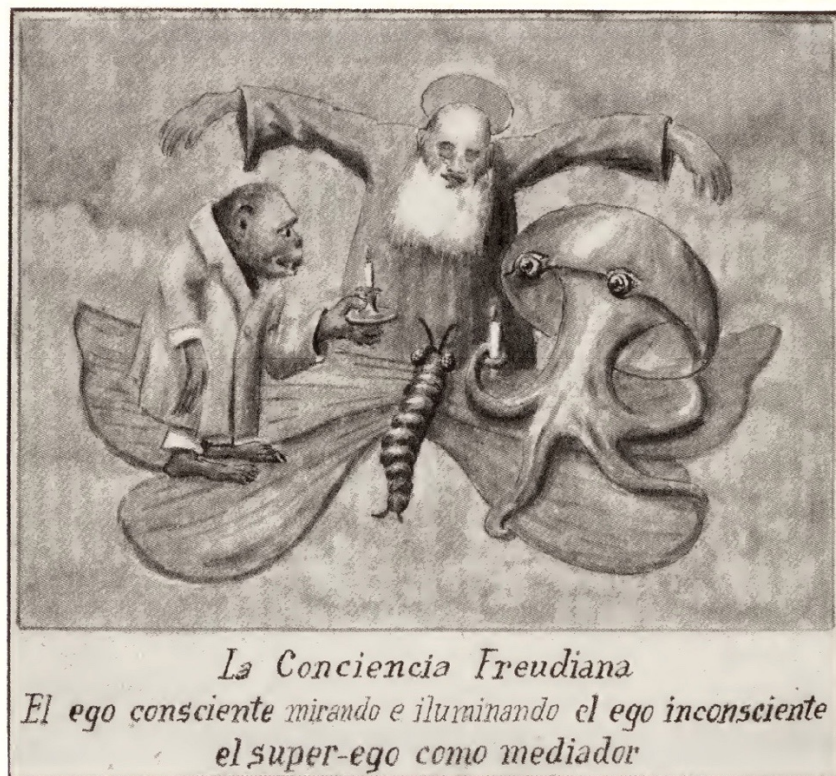
Una vez aclimatado a su destino final, Nicolai se integraría en los círculos intelectuales chilenos, trabando amistad con Vicente Huidobro, Pablo Neruda y Salvador Allende. De a poco, su situación material iría mejorando y adquirió una casa en la que armó una mezcla de estudio y laboratorio de alquimista, con espacio suficiente para la biblioteca de seis mil volúmenes que había hecho traer de Argentina, así como para numerosos instrumentos como retortas, jarras y mecheros. Fue allí, poco después de su llegada a Chile, donde recibió la noticia de que su joven hija, recientemente regresada a Alemania, se había suicidado arrojándose por la ventana de un departamento en Berlín. Poco después, su esposa, acorralada, sin otro lugar a dónde ir, volvería a Sudamérica para reunirse con Nicolai.

* * *

Desde la lejanía de su refugio en Chile, absorbido en su rol de animador cultural por la modernidad periférica latinoamericana, Nicolai observó el ascenso de Hitler y la expansión del nazismo por Europa. El fascismo le despertaba una mezcla de horror y fascinación, precisamente porque representaba el resurgimiento de actitudes atávicas en pleno centro de la modernidad. Para Nicolai, este retorno fascista de lo reprimido habría sido consecuencia del nacionalismo, cuya raigambre biológica se hallaría en el instinto de rebaño y el legado de la horda primitiva. En esto, el profesor pavloviano parecía coincidir con Freud, a pesar de que Nicolai oponía *resistencias* al psicoanálisis. También Freud atravesó la Primera Guerra Mundial, el ascenso del nazismo y la experiencia del exilio, llegando a preguntarse acerca del *porqué la guerra*, tal el título de su intercambio epistolar con Einstein hecho a pedido de la Sociedad de las Naciones. En este sentido, Einstein parece funcionar como enlace entre Freud y Nicolai, anudados, estos tres *grandes judíos pacifistas*, por la inmensa pregunta acerca de la guerra.

Freud también buscó la respuesta al porqué del fascismo en la crueldad que habita en todo ser humano, más inquietante aún porque el hacer el mal puede estar vinculado a un placer agudo, pero también a un goce que refiere a un *más allá del principio de placer*, texto escrito, por cierto, a partir de los traumas de guerra manifestados por los soldados que volvían de la Gran Guerra. Lo sin fin, lo sin término, no sería para Freud la guerra en general, sino la crueldad psíquica, el placer de hacer sufrir, de dejar sufrir o de hacerse sufrir. Dado que esta pulsión de destrucción es en sí misma originaria e inerradicable, la posición de Freud -que en las epístolas con Einstein se declaraba a la vez pacifista e incapaz de condenar todas las especies de guerra- no podía ser la de anhelar un fin definitivo de la guerra, sino una política capaz de negociar con la pulsión de agresión,

domesticarla, diferirla, contrapesarla con la pulsión de vida, pero sin hacerse ilusiones acerca de poder eliminarla para siempre del mundo.³³



Dibujo humorístico sobre la psique freudiana hecho por Nicolai, en el que el Yo (el mono) contempla al Ello (el pulpo), mientras media el Superyó (la figura barbuda y nimbada). Imagen reproducida en The Nicolai Case.

Por su parte, Nicolai, a medida que la Alemania nazi anexionaba grandes pedazos de Europa, se veía obligado a reformular su proverbial rechazo de la guerra en general, y a distinguir, como Freud, entre guerras justas y guerras injustas. En estas nuevas circunstancias, pensaba que la neutralidad era criminal, porque si el mundo entero se uniese contra el bando fascista, entonces la guerra que se avecinaba podría finalizar rápidamente, así como traer el fin definitivo de la guerra. La guerra se había vuelto inevitable, pero podía ser la oportunidad de cumplir aquella ley de la *gigantasia* que traería la muerte de todas las guerras, como en una posguerra final y definitiva. Pero esta posguerra escatológica, ¿será una poshistoria o un retorno a la prehistoria? ¿No será una nueva prehistoria semejante a aquella famosa declaración hecha por Einstein después de 1945,

³³ Jacques Derrida, *Estados de ánimo del Psicoanálisis. Lo imposible más allá de la soberana crueldad*, conferencia pronunciada ante los Estados Generales del Psicoanálisis el 10 de julio de 2000 en París. Edición electrónica de www.philosophia.cl.

según la cual no sabía con qué armas se peleará la Tercera Guerra Mundial, pero sí que la Cuarta se peleará con palos y con piedras?

Una vez que Estados Unidos entró en la guerra, Nicolai se convenció de que era sólo una cuestión de tiempo para que los nazis fueran derrotados. Las tareas de la posguerra, aseguraba, serían principalmente dos: en primera instancia, establecer un gobierno mundial más eficaz que la fallida Sociedad de las Naciones. En segunda instancia, entender científicamente la mentalidad nazi para evitar que reaparezca en el futuro, es decir, para que, como la guerra, finalizase definitivamente. Razón por la cual llegó a escribir una carta a Winston Churchill sugiriéndole capturar vivo a Hitler con el objetivo de que sea examinado por psicólogos expertos.³⁴ En cuanto a la bomba nuclear, cuando los periodistas chilenos acudieron a Nicolai para conocer su opinión sobre Hiroshima y Nagasaki, pasó por alto los aspectos fatales de la masacre y se explayó sobre el triunfo de la ciencia que dio a la humanidad acceso a energía ilimitada para futuros usos pacíficos. Según su optimismo racionalista, inspirado por el motto *Scientia fluctuat nec mergitur* (la ciencia tiene sus altibajos, pero nunca se hunde), la energía nuclear permitiría al hombre conquistar el espacio exterior, cambiar el clima, transformar los desiertos en jardines y revolucionar las relaciones internacionales, porque las naciones pequeñas ya no dependerían de las grandes potencias: “*Hoy el átomo liberado ha transformado las islas de Japón en cráteres desolados. Mañana tal vez sea posible que los hombres recuperen su buen juicio y pongan el átomo al servicio de la humanidad*”.³⁵

No es extraño que, siendo un internacionalista consumado, Nicolai también se haya opuesto a la creación del Estado de Israel. Por un lado, saludaba la instauración de las Naciones Unidas como reemplazo eficaz de la Sociedad de las Naciones y nuevo instrumento de control supranacional destinado a evitar las guerras interestatales. Por otro lado, y como escribió a un comité chileno llamado Pro Palestina Hebrea, no consideraba al sionismo la solución definitiva - por no decir *final*- al problema judío. Convencido de que las consecuencias del sentimiento nacionalista constituyen el peligro más grave para la unidad mundial, declaraba no poder desear la nacionalización de los judíos, sino la desnacionalización del resto del mundo. Los judíos habían prestado valiosos servicios a la humanidad precisamente porque no habían sido una nación, sino un grupo dedicado a una idea:

*“A lo largo de su trágica historia de miles de años, los judíos se han educado para combinar el internacionalismo económico con el cultural y fomentar el concepto de hospitalidad. En sus representantes más ilustres han demostrado que han comprendido su misión histórica y, en mi opinión, sería una lástima que se les privara de este privilegio y se les convirtiera en una nación más”.*³⁶

³⁴ Citado en Wolf Zuelzer, *The Nicolai Case*, pág. 435.

³⁵ Ibid.

³⁶ Carta de septiembre de 1944 citada en *ibid.*

Por aquel entonces, Nicolai también había suavizado sus prejuicios acerca de los no europeos, suavización que debía responder a sus muchos años en contacto con la hibridación latinoamericana. En 1938, cuando el gobierno de Chile lo envió en misión cultural a Bolivia, Nicolai afirmó que los indios de Bolivia eran *atrasados pero no inferiores*. El problema no era congénito, sino de falta de educación. Haciendo hincapié en el potencial del cerebro humano como clave del progreso en general, ahora afirmaba que todas las razas, en unas pocas generaciones, podrían ponerse al mismo nivel que la media europea, a pesar de que la media europea, por esos años, no mostraba su mejor semblante. Por un lado, Nicolai sostenía que la humanidad es una sola familia, un solo *genus*, una misma filiación, o al menos podría llegar a serlo. Por el otro, volvía a hacer de la raza europea el rasero eurocentrado con el que medir a las demás, sin acusar recibo del daño que Europa le había hecho al mundo y a sí misma.

Como se ve, los motivos que obsesionaron a Nicolai distan de carecer de vínculos con el presente, en especial su énfasis en la interdependencia biológica de la especie humana, vuelta evidente, por caso, durante la pandemia de Covid-19. Sin embargo, en las últimas décadas también se ha puesto de manifiesto que la globalización, con su consiguiente debilitamiento de las soberanías nacionales, no ha conducido al fin de las guerras, sino al fin de ciertas formas de hacer la guerra, como cuando se clasifican las guerras modernas en guerras de primera, segunda, tercera, cuarta y quinta generación, clasificación que, por su acento en lo generacional y lo generatriz, también evoca un cierto organicismo. Incluso, más que al agigantamiento, la globalización, potenciando el poder de lo pequeño, sea el de lo *mini* o el de lo *nano*, ha conducido a la *molecularización* de la guerra, suscitando, como respuesta inmunitaria, nuevas formas de nacionalismo.

¿Fue entonces Nicolai un precursor de lo que los así llamados “soberanistas”, “euroescépticos” e incluso “supremacistas” hoy denominan “globalismo”? La respuesta es negativa en la medida en que el nombre globalización significa la internacionalización del capital y sus potencias tecno-científicas, poniendo en cuestión el dominio estatal. En Nicolai no se trataba ni de pacifismo mercantilista o librecambista ni de la paz impuesta por la potencia más poderosa sobre el pueblo más débil. No se trataba de dejar el internacionalismo en manos de las llamadas multinacionales o de un puñado de superpotencias que cuestionan el nacionalismo cuando es el de naciones menos poderosas, pero no cuando es el suyo. En el idealismo biologicista de Nicolai la tarea de religar a la humanidad advendría por sí misma, una vez que los seres humanos reconozcan su *hermandad biológica*, deduciendo de este esclarecimiento científico la necesidad de establecer un gobierno mundial.³⁷

³⁷ Cuando Nicolai afirma que es necesario hacer crecer la guerra para dejarla atrás parece hacerse eco de la antigua sabiduría de la *stásis*, la guerra civil griega. Dado que no se mata a la propia gente sin un profundo disgusto que no se siente al matar a un enemigo extranjero, las leyes que organizaban las guerras civiles griegas imponían la prohibición, para todo ciudadano, de permanecer neutral. Esta ley, que obligaba a participar de la guerra civil, estaba orientada a llevar los enfrentamientos facciosos al extremo, pero para ser desplegados de prisa y acelerar su resolución. Lo cual

* * *

No sabemos -y sería ocasión para subsiguientes investigaciones- si, en suelo americano, Georg Nicolai discurrió acerca de algo así como la existencia de una raza argentina, una raza chilena o una raza sudamericana semejante a la “raza cósmica” de José Vasconcelos. De haberlo hecho, ¿qué función le cabría a la raza sudamericana en la guerra de razas que algún día habrían de librar europeos y *mogoles*, luego de la cual advendrá la paz mundial?

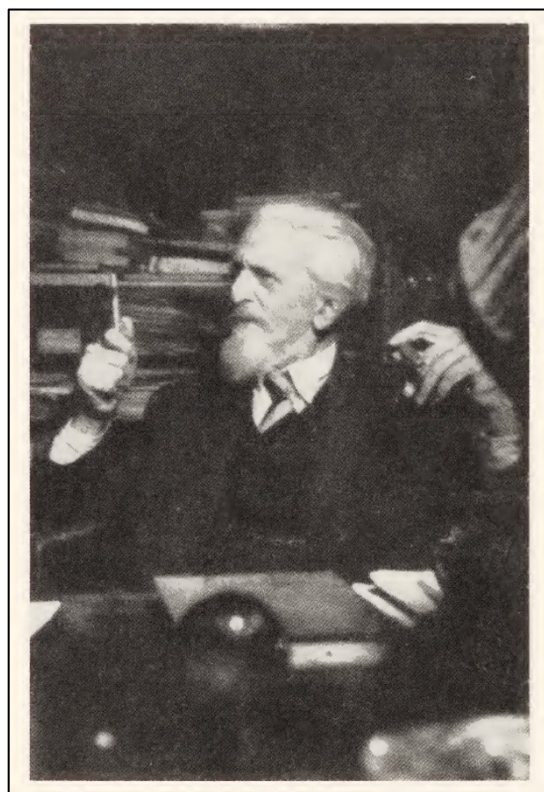
En cualquier caso, Nicolai permaneció activo hasta su muerte en Chile. Continuó impartiendo cursos, escribiendo artículos y publicando libros sobre una amplia gama de temas, con títulos como “*Psicogénesis*”, “*Fundamentos reales de la Sociología*”, “*Mortalidad infantil y natalidad*”, “*Liberación del trabajo*”, “*El ‘poema’ de Don Quijote*”, “*La miseria de la dialéctica*” y “*Análisis del Psicoanálisis*”. Es imposible rastrear aquí, en los *confines* de este ensayo, las líneas de fuerza que recorren todos estos libros, que hasta hoy han sido muy poco explorados. Pero debemos mencionar el último que llegó a publicar: *La eugenesia como gloriosa culminación de la medicina*, del año 1957.

En este verdadero tratado biopolítico, Nicolai *culminaba* la obra de toda su vida afirmando que, si la medicina se ocupó siempre del paciente individual, ahora estaba obligada a ocuparse de la especie humana como un todo. En el nombre de este todo viviente, y frente al peligro malthusiano de la superpoblación, la medicina moderna, responsable de haber reducido las tasas de mortalidad y aumentar la esperanza de vida, también debería corregir los desequilibrios generados por esta intervención sobre la vida de la especie. En la práctica, esto no significaba una defensa de la *eutanasia* involuntaria cuyo sonido reverbera en la *gigantanasia*, al menos no en primera instancia, sino un control generalizado de la natalidad mediante técnicas anticonceptivas y, en caso de ser necesario, esterilizaciones forzadas, procurando que se reproduzcan los mejores ejemplares de la especie humana. Dado su rechazo inveterado de la guerra en general, el último Nicolai no podía saludar la guerra como un mecanismo que, cíclicamente, reduce la población sobrante, por lo que, para sostener la lógica malthusiana, debía glorificar y *engrandecer* a la eugenesia, negando las consecuencias desastrosas que había tenido durante el nazismo, calificándolas de mero abuso de un instrumento precioso para el desarrollo biológico de la humanidad.

En sus últimos años, aquel *gran europeo* que batalló contra la Gran Guerra había sido olvidado por Europa. A fin de cuentas, él mismo había insistido en que lo más grande, en su crecimiento desmesurado, tiende a coincidir con la mayor debilidad. Este motivo de lo demasiado grande, del engrandecimiento que es a la vez la mayor fuerza y la mayor debilidad, también parece

puede relacionarse con el pensamiento de Nicolai: si la humanidad es un solo *genus*, una sola familia, entonces toda guerra mundial sería, tal como postularon Hannah Arendt, Carl Schmitt y Giorgio Agamben, una “guerra civil mundial”, una guerra intestina de la humanidad consigo misma, que debe dejarse atrás lo mas pronto posible.

guiar su preocupación final por la eugenesia, necesaria, según su óptica, para corregir el crecimiento excesivo de la población mundial, siendo la eugenesia misma, de forma nuevamente teleológica, la *culminación* de la medicina occidental. Es decir, la eugenesia -que trata acerca del buen origen- sería un fin y un cumplimiento que, de realizarse, logrará un mejoramiento de la raza humana tal que -al decir de un Nicolai cercano al actual movimiento transhumanista- la diferencia entre los hombres del siglo XXII y los del siglo XX será mayor que entre los del siglo XX y los hombres de las cavernas.



Nicolai en Chile. Imagen reproducida en The Nicolai Case.

No sabemos si Nicolai, olvidado en el Norte, evaluó volver a Alemania después de la Segunda Guerra Mundial. En cambio, recibió numerosos honores en Sudamérica, tierra de refugiados, de asimilación y de mestizaje donde, después de 1945, también vendrían a refugiarse numerosos criminales de guerra alemanes. Incluso, en los años cuarenta, los anarquistas Juan Corral y Eduardo Peleteiro fundarían en Argentina la Sociedad Amigos de la Ciencia, con sede central en Lanús y sucursales en muchos lugares de Latinoamérica. Esta sociedad, que hizo de Nicolai su *alma pater*, publicó y distribuyó sus últimos libros, entre ellos el libro sobre la eugenesia, tema que fue de especial interés para el movimiento anarquista. Algo sin dudas desconcertante en la medida en que la eugenesia refiere al buen origen y el nombre anarquía, en cambio, a lo sin origen, a lo sin *arché*. ¿En qué consistía entonces la aparentemente paradójica *eugenesia anarquista*? En promover

la higiene de los obreros, la educación sexual de las mujeres, la profilaxis y el control de la natalidad como técnicas autogestivas para prevenir la pauperización de las familias numerosas y sustraer a los Estados la carne de cañón con la cual forman sus ejércitos. Es decir, en la versión anarquista de la eugenesia podemos encontrar métodos prácticos orientados al rechazo biopolítico de la guerra, así como para la *desproletarización* de la clase trabajadora, reduciendo, por iniciativa propia, la *prole* de los explotados.

De hecho, uno de los mayores promotores del anarquismo eugenista fue un escritor de pseudónimo Eugen Relgis, en cuyo nombre electivo ya aparecía el “buen nacer” de la *eugen-esia*. Este anarquista y pacifista judeo-rumano también fue objetor de conciencia durante la Primera Guerra Mundial y, como Nicolai, de quien se consideraba discípulo, decidió trasplantarse a Sudamérica, recalando en Uruguay. Relgis fue autor de folletos como *Humanitarismo y eugenismo* e *Historia sexual de la humanidad*, donde hacía de lo biológico la causa de las causas y buscaba el origen del mal en el mal origen, al punto que, en otro folleto titulado *Las anomalías sexuales de la Alemania nazi*, rechazaba la mala eugenesia del nazismo oponiéndole la buena eugenesia libertaria. Si bien se mostraba progresivo en la defensa de consignas como la maternidad consciente y la promoción de la educación sexual, Relgis también arrastraba la carga del neomalthusianismo y la admiración por Galton, abogando por la vigilancia eugenésica de los matrimonios, la esterilización forzada de los considerados degenerados y el control de la herencia genética.

En esta tadroeugenesia anarquista volvemos a hallar los ecos de aquella transcripción socialista del discurso sobre la guerra de razas. A través de un extraño rodeo, en nombre del humanitarismo, el anarcopacifismo y la aceleración de la evolución humana, judíos libertarios como Nicolai y Relgis, que se opusieron al militarismo europeo y llegaron a ser testigos de la Shoá, en Sudamérica se volvieron ardorosos promotores de la eugenesia que, después de la Segunda Guerra Mundial, sería fuertemente revisada y cuestionada. Probable razón por la que, con el tiempo, los nombres de Nicolai y Relgis volvieron a sufrir un cierto ostracismo. Pero, como vimos, la versión más bien moderada del socialracismo enarbolada por estos pacifistas exiliados puede interpretarse como una singular inflexión en la historia del discurso sobre la guerra de razas, una inflexión *periférica* donde la eugenesia no se justificaba en nombre de la salud de la nación o de la raza superior, sino en defensa de la humanidad, el rechazo de la guerra, el antinacionalismo, e incluso la paz mundial.

Con todo, Georg Friedrich Nicolai vivió una larga vida. Murió en Santiago el 6 de octubre de 1964, a la edad de noventa años. Su cuerpo yació en un catafalco erigido en la sala de consejo de la Casa Central de la Universidad de Chile, donde las banderas ondearon a media asta. El rector presentó sus respetos y envió sus condolencias a la embajada de la República Federal de Alemania, que estuvo representada en el funeral y asumió los gastos de la ceremonia.

BIBLIOGRAFÍA

Carlos Astrada, *Nuestro Kulturkampf*. En: Textos de juventud: de la revolución universitaria a la vanguardia filosófica (1916-1927), introducción y compilación de Natalia Bustelo y Lucas Domínguez Rubio, CeDInSI Editores, Buenos Aires, 2021.

Carlos Astrada, *Sociología de la guerra y filosofía de la paz*. En: Metafísica de la pampa, compilación por Guillermo David, ediciones Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2007.

Emanuel Rodríguez, *Los cordobeses somos así*, reseña a *Homenaje de despedida a la tradición de Córdoba docta y santa*, aparecida el 16/11/2008.

Fernando José Ferrari, *Georg F. Nicolai: aportes para un estudio de recepción de las ideas de Pavlov en Argentina*, Universitas Psychologica, 13(5), 1787-1800, Bogotá, 2014.

Georg F. Nicolai, *La biología de la guerra*, Editorial José M. Cajica, Buenos Aires, 1958.

Horacio González, *Ecos alemanes en la historia argentina*, Ediciones Biblioteca Nacional, 2010.

Jacques Derrida, *Estados de ánimo del Psicoanálisis. Lo imposible más allá de la soberana crueldad*, conferencia pronunciada ante los Estados Generales del Psicoanálisis el 10 de julio de 2000 en París. Edición electrónica de www.philosophia.cl.

José Ingenieros, *El suicidio de los bárbaros*. En: Los tiempos nuevos, Editorial Losada, Buenos Aires, 1961.

Marius Turda, *The Biology of War: Eugenics in Hungary, 1914-1918*, Austrian Hist Yearb, 2009, 40; 238-64.

Michel Foucault, *Defender la sociedad*, FCE, Buenos Aires, 2000.

Milena Wazeck, *The 1922 Einstein Film: Cinematic Innovation and Public Controversy*, Physics in Perspective, Vol. 12, págs. 163-179, (2010).

Natalia Bustelo, Lucas Domínguez Rubio, *Vitalismo libertario y Reforma Universitaria en el joven Carlos Astrada*, Políticas de la Memoria n° 16, verano 2015/2016, pp. 295-310.

Verena Erlenbusch, *From Race War to Socialist Racism: Foucault's Second Transcription*, Foucault Studies, Nro. 22, pp. 134-152, enero 2017.

Wolf Zuelzer, *The Nicolai Case, a Biography*, Wayne State University Press, Detroit, 1982.